

las poblaciones, porque su influencia debía necesariamente oponerse á los perversos designios de que habian empezado ya á hacer gala. Como el acta federal de 1815 era tambien contraria á sus miras, procuraron los radicales fomentar el descontento é irritar los espíritus, á fin de poder dominar mas tarde la Helvecia por medio de una libertad de la que serian ellos solos apóstoles, censores y usufructuarios. Para mejor ocultar su plan, se trazaron una via que han seguido posteriormente todos los mas hábiles enemigos del Instituto.

Desapareció la Sociedad de Jesús en medio de los aplausos de cuantos se proclamaban hostiles al Catolicismo; cada uno de los enemigos de la Religion contribuyó con todas sus fuerzas á batirla en brecha hasta hacerla desaparecer. Habian logrado ya su objeto todos los impíos y revolucionarios: la Sociedad de Jesús dejó de existir; ¡cosa extraña! entonces fue cuando empezaron los radicales suizos á hacer su apología, y á colmarla de bendiciones y alabanzas. Ella sola tenia el don de hacer la enseñanza agradable: ella sola pudo ver nacer en su seno mártires, apóstoles, oradores, poetas y sábios, coronando así su víctima de flores cuando creyeron que no podria jamás levantarse del sepulcro en que yacia. Luego, merced á una transicion de la que se apoderaron algunos escritores mas ó menos felizmente, se vió á los radicales suizos declarar que la nueva Orden de Jesús nada tenia de comun con la antigua: que los Jesuitas modernos eran hijos degenerados de san Ignacio; que no poseian el secreto de sus Constituciones; que eran enteramente extraños á los progresos de la enseñanza; que rechazaban los principios que tan alta gloria alcanzaron á los antiguos Jesuitas. De este modo fueron condenados los nuevos Jesuitas á la impotencia ó al mal, por aquellos mismos que poco antes ensalzaban tanto sus virtudes. Sin embargo, de Rivaz, gran baile de la república valesiana, confundió con su autorizada voz en 4 de mayo de 1818 todas aquellas injustas acusaciones, y como hablaba á nombre del Estado, tuvo su declaracion fuerza de ley.

Hácia aquella misma época, propuso Baltasar de Muller al gran Consejo de Friburgo, que fuesen llamados los Padres por aquel canton: sesenta y nueve votos contra cuarenta y dos acogieron su proposicion, la cual se encargó de realizar el gobernador Techtermann. Se habia visto en Italia y Alemania á los Jesuitas abandonar las dignidades de que estaban revestidos para irse á morir en el seno de su Sociedad rejuvenecida: Antonio de Hausherr, José de

Schaller y Lorenzo Doller, se apresuraron tambien á imitar aquel rasgo de amor filial. En 1821 reunió Luis Fortis en una viceprovincia, de la que habia sido el P. Godinot nombrado jefe, la Suiza, las misiones de Holanda y de Bélgica y la Sajonia.

Mientras que los cantones católicos procuraban unirse con los Jesuitas, y el P. Juan Roothaan recorria el Valais repartiendo en todas partes los frutos de la salvacion, tronaba embravecida en Friburgo la tempestad sobre los discípulos de Loyola. Veinte años hacia que estaba confiada la instruccion primaria en aquella ciudad á los religiosos Franciscanos, apareciendo al frente de aquella escuela el P. Gregorio Girard. Un nuevo método de enseñanza habia sido adoptado por él, tal era el método lancastriano, la enseñanza mútua y las ideas de Pestalozzi, combinadas y modificadas con ingeniosa habilidad. Nuevo era el plan del P. Girard, y, como todas las novedades, debió sufrir las alternativas de la discusion, teniendo partidarios y contradictores. Aun no habian penetrado los Jesuitas en Friburgo, que ya el Obispo de Lausana, juez competente en materia de educacion, se habia pronunciado contra el sistema nuevamente adoptado, y hasta pidió al gran Consejo que lo prohibiera. Cuando fue puesto el colegio á disposicion del Instituto, conformáronse los Padres en un todo á las prescripciones episcopales, no adoptando los principios de Girard: aprovecharon los enemigos de los Jesuitas esta circunstancia para acusarles de haber impuesto al Prelado la condena del Franciscano. Agitáronse los amigos de este, exaltáronse los ánimos; y como en aquella época podia la menor cosa servir de pábulo á la insurreccion, bastó aquel pretexto para que hubiera un tumulto en la noche del 9 al 10 de marzo de 1823 frente el colegio de los Jesuitas. El P. Girard que solo procuró ser útil á los niños en la esfera de sus atribuciones, fue el grito de guerra contra los Jesuitas, á quienes se amenazó de muerte y se ultrajó en su retiro. Aquella rebelion, que solo fue un primer ensayo de las fuerzas radicales, pronto se apaciguó ante la indiferencia pública. Tuvo el P. Girard, sin quererlo, dos auxiliares que en gran manera comprometian su causa: exponiendo el Obispo de Lausana en 26 de mayo los motivos de su interdiccion, justificaba á los Jesuitas de este modo: «El empeño de los periódicos liberales y anti-católicos de la Suiza en defender este método, y sus declamaciones contra nuestros reverendos Padres Jesuitas, que son absolutamente extraños á la resolucion que hemos tomado, bastan para

«abrir los ojos á las personas de buena fe.» La opinion del Prelado fue acogida por el gran Consejo, y suprimido en su virtud el método del P. Girard.

Veinte años mas tarde la Academia francesa por medio de su órgano Mr. Villemain coronaba solemnemente la obra del Franciscano; pero en el fondo de aquel homenaje tributado al religioso descalzo por los que decretaban el último triunfo póstumo de Voltaire, habia probablemente mas malevolencia epigramática por la prudencia y tacto de los Jesuitas, que justicia en favor de su pretendido rival.

Esta insurreccion, que preparó la ignorancia para asegurar el resultado de la ciencia, murió aislada sin encontrar eco en parte alguna. Los Jesuitas, á quienes preocupara aun menos que á los magistrados, se hallaban entonces ocupados por un pensamiento fecundo en resultados que germinaba en todos los espíritus. Arrojava Guillermo de Nassau á las fronteras de su reino á los Padres que sembraban la instruccion en Bélgica y Holanda, mientras que el canton de Friburgo se apresuraba á recoger aquellos desperdicios del fanatismo luterano. Concibieron en 1824 Tobías de Gottrau, Carlos de Gottrau, Felipe de Odet, Nicolás de Buman, Humberto de Bocard, Pedro de Gendre y Teodoro de Diesbach el proyecto de fundar un pensionado en Friburgo; como no encontró esta idea mas que aprobadores, puede decirse que se empezó y terminó el edificio casi á un mismo tiempo. Este pensionado, que se empezó bajo tan buenos auspicios, estaba destinado á ser bajo la direccion de los Jesuitas uno de los mas bellos establecimientos de Europa. «Vense elevar á un mismo tiempo, escribia el célebre baron de Haller, un pensionado en Friburgo y una casa de correccion en Ginebra: son dos edificios notables, cada cual en su clase; pero en cuya eleccion han demostrado los friburgenses tener mas prudencia, pues construyen un edificio para prevenir el mal, al paso que los ginebrinos levantan el suyo para castigarlo despues de cometido.»

El escaso número de Jesuitas de que podia la Suiza disponer, hacia penosos y hasta alguna vez mortales los trabajos de la enseñanza y el apostolado; porque no solo debian atender los Padres á la educacion de la juventud, sí que tambien debian desempeñar, al propio tiempo, las demás funciones sacerdotales, siendo á la vez regentes, directores espirituales y catequistas. La asignacion seña-

lada por los Gobiernos á los profesores empleados en los colegios jamás excedió de dos mil cuatrocientos reales; tal era la módica subvencion con que debian vivir y atender á todas sus necesidades, debiendo además hacer brillar en todas partes la luz del Evangelio. Eran los Jesuitas, así en el Valais como en Friburgo, institutores y misioneros, sin que se limitara su celo á estos dos cantones: en Schwytz, Zug, Uri, Unterwald, Lucerna, Ginebra, Soleure, Neuchâtel y en Berna habia tambien católicos que les invocaban, sacerdotes que sentian la necesidad de fortificarse en la virtud, pueblos abandonados que reclamaban con instancia los consuelos y socorros de la Iglesia; siendo siempre los Jesuitas los que acudian á su llamamiento, los que colmaban todos sus deseos. Pusiéronse siempre en todas partes á las órdenes de los Obispos ó de los vicarios apostólicos, multiplicándose á fin de encender la caridad en los corazones, y vencer al maligno espíritu de la indiferencia y de la duda. Ocupaban en Dusseldorf una parte de su antiguo colegio, y despues de haber despertado en aquella ciudad los sentimientos de fe y de piedad, combatieron con gloria y buen resultado una nueva secta de Momios, de la que se habia constituido campeón el conde de Beek. Á los mismos cuidados se entregaron en Hildesheim los Padres Lusken, Van Ewerbroeck y Meganck junto con trece Jesuitas mas: en Brunswick no quisieron los magistrados protestantes separarse ya mas del jesuita que por el Obispo de Hildesheim les fue enviado como un mensajero de paz. En Dresde, donde poseia el P. Gracchi la confianza de la familia Real, y dirigia á la vez la confianza del monarca, el hospital de la ciudad y todos los niños católicos, estalló tambien una revolucion en 1830, que no llevaba mas objeto que herir á los Jesuitas, segun lo indica el haber cercado la casa en que vivian algunos eclesiásticos seculares. Gracchi, que se hallaba en medio de ellos, oyó las imprecaciones y amenazas del irritado populacho, y de repente se presentó ante las turbas: «¿Pedis los Jesuitas? exclamó; yo soy el único de mi Orden que reside en esta casa, aquí me teneis.» Como era Gracchi muy conocido, y, sobre todo, amado por su caridad, inclinóse la muchedumbre á su vista y se apaciguó el tumulto.

Habíase conmovido pocos años antes la Alemania protestante, por la abjuracion de Federico Fernando, duque de Anhalt-Köthen: en un viaje que hizo este Príncipe á París en 1825 con su esposa la duquesa Julia, hermana del Rey de Prusia, habia tenido ocasion de

ver muchas veces al P. Ronsin de la Compañía de Jesús, del que quedó prendado tanto por la amenidad de su carácter como por el atractivo de su conversacion. Tuvo el Príncipe con él diferentes entrevistas en las que le propuso sus dudas y objeciones sobre las verdades del Catolicismo; objeciones y dudas que le supo Ronsin tan bien resolver, que en 24 de octubre el duque, la duquesa y el conde de Ingenheim su hermano, abjuraron el Luteranismo para abrazar la fe romana. Apenas volvió á su principado, anunció Fernando de Anhalt á sus súbditos su regreso á la unidad, excitando semejante noticia la indignacion entre los Luteranos, y sobre todo en el ánimo del Rey de Prusia. Profesa este soberano que no es la autoridad ni la tradicion lo que debe regular la fe, sino la razon individual; por esto prorumpo en anatemas contra su hermano y su cuñado por haberse conformado á sus doctrinas, escuchando el grito de sus convicciones.

Un jesuita habia obtenido esta victoria sobre el Protestantismo, y otro jesuita la consolidó. Á instancias del Duque y en virtud de orden del Papa, dirigióse el P. Beck á Kœten, donde gimieran hasta entonces los Católicos en un estado de opresion. Alentó Beck su ánimo decaído, respetando al mismo tiempo los cultos dominantes, y predicó y evangelizó, aunque sin grande esperanza de resultado por no tener sucesion Fernando de Anhalt, y deber pasar sus Estados, despues de su muerte, á un soberano hereje. Aunque conoció Beck estos obstáculos, no por ello dejaba de continuar con ardor su obra: en 1830 la muerte del Duque puso fin á su mision, siguiendo el Jesuita á la duquesa de Anhalt que ofreció á la Europa el ejemplo de todas las virtudes. Supo el P. Beck hacer germinar de tal modo las ideas de tolerancia durante los años de su mision, que á su voz aumentó considerablemente el número de los Católicos, y hasta edificó una iglesia para dejar en el corazon de los fieles indeleble el recuerdo de su paso. El príncipe Enrique de Anhalt, hermano y sucesor de Fernando, que profesaba el culto luterano, no por esto dejó de aceptar el legado del Jesuita; por el contrario, terminóse la iglesia merced á sus cuidados, y cuando en 1833 fué el Vicario general de Osnabruck á consagrarla, quiso el nuevo Duque asistir á aquella ceremonia ó solemnidad con toda su familia y los jefes protestantes.

No permitieron los nuevos elementos que constituian la sociedad europea á los hijos de san Ignacio tomar una parte activa en las ne-

gociaciones del mundo ni en los asuntos eclesiásticos. La Santa Sede no pudo revestirles del carácter de legados ó nuncios extraordinarios y enviarles á todas las cortes del mundo como á Brouet-Pasquier, Francisco de Borja, Canisio, Possevino y Toledo para discutir y arreglar los intereses del Catolicismo ora con los Reyes, ora con los pueblos. El curso natural de las cosas dejó á la Sociedad de Jesús en la posicion que su Fundador le trazó, y de la que nunca se ha separado sino á su pesar y á la fuerza. Al contrario, ha venido á ser mas religiosa que nunca en este siglo que la política lo desborda todo y en el que cada uno se hace un deber de citar en su tribunal individual los actos de los Príncipes y las tendencias de todos los Gobiernos. En medio de semejante confusion en las ideas y los poderes, pensaron los Jesuitas sábiamente que no podian desempeñar mas que un papel, el cual consistia en abstenerse de toda participacion en los acontecimientos públicos, aceptar sin gozo ni dolor sus consecuencias, y marchar en silencio constante y decididamente hácia el fin que les fue propuesto. Su accion no debia hacerse sentir mas que en los colegios y las cátedras evangélicas; no debian tener otra mision que apaciguar los tumultos del alma, fortificar la piedad, conducir ó guiar á la juventud á la dicha y la paz por medio de la educacion cristiana. Nunca se separaron un ápice del plan trazado por el legislador de la Compañía; por mas que debiese exponerles este plan á sospechas, acusaciones y ultrajes, se resignaron resueltamente á seguirlo.

«Los generales y los principales miembros de la Sociedad, así se expresan los escritores protestantes de la *Revista de Oxford y de Cambridge*¹, han sido siempre y continúan siendo todavía hombres «de un gran carácter, prudentes, pero con mas resolucion de la «que se encuentra en las demás gentes; son hombres de un juicio «claro, recto y frio, y de un corazon ardiente que nadie puede acusar de insensibilidad; puede tenerse en ellos la mayor confianza en «todos los negocios, pues saben tratarlos con una grandeza muy «distinta de esa baja astucia que se reputa algunas veces de habilidad y política. Bajo la direccion de esos admirables guias, que «combaten sin descanso por la causa de la virtud, de la pureza y «del orden civil y religioso, marcha compacto el grande ejército «jesuita, grande no por el número, sino por sus obras, por com-

¹ *Revista de Oxford y de Cambridge*, 1845.

«ponerse de predicadores elocuentes, de misioneros á los cuales ni los mas penosos trabajos han podido hacerles perder la urbanidad y finura de sus modales, de hombres de letras de exquisito gusto y viva imaginacion, de sábios que tienen pasion por el estudio sin tener su monomania, de hombres, en fin, que viven en el mundo «sin haber sido nunca mundanos.»

Tales son los rasgos con que designan los Anglicanos á los antiguos y modernos Jesuitas, por haberse avergonzado, al fin, de la credulidad é injusticia de sus antecesores; en Suiza, sin embargo, no habia sancionado aun en 1831 el movimiento de las ideas semejante equidad. Permanecian los Jesuitas del todo extraños á las conmociones que agitaban á la Europa; y no obstante, se tomó su nombre para que sirviera de estandarte á las esperanzas revolucionarias: en el momento, empero, de ver los radicales casi asegurado su triunfo, acusaron á los Jesuitas de servir de rémora á la realizacion de sus planes y de su triunfo. El colegio de Friburgo, que iba en progresivo aumento, era un inagotable manantial de riquezas para el país, y una prenda de seguridad para todas las familias. Hallábanse Francia, Bélgica é Italia el año 1830 en una posicion muy próxima á la anarquía; tambien el canton de Friburgo se asoció á su política encumbrando al poder á ciertos radicales que solo proclamaban la libertad para poder gobernar mas arbitrariamente. Veíase por lo tanto la Compañía de Jesús amenazada, hasta que por último el contacto y la responsabilidad del mando calmaron paulatinamente las efervescencias radicales. Aunque triunfante la oposicion de 1818, no se atrevió á separarse del pueblo y del Clero poniendo en práctica sus doctrinas. Los magistrados y el gran Consejo de Friburgo hacian causa comun con la democracia siempre en accion; por último el nuevo Gobierno sacrificó todas las hostilidades al bienestar general. Hizo el radicalismo la paz con los Jesuitas, sin que nada haya turbado desde entonces la buena armonía que no ha cesado de reinar en el canton.

Necesaria, no obstante, fue la lucha para obtener esta union. Llamábase á los jóvenes para que asistieran á las sesiones del Consejo, con el objeto de iniciarles en la vida pública: tambien disfrutaban de este derecho los discípulos externos de los Jesuitas. Como uno de ellos hiciera oír algunos murmullos de desaprobacion respecto al nombramiento de un diputado, se mandó inmediatamente á los Padres que prohibieran á sus discípulos la entrada á la tribuna: exal-

tados los alumnos en vista de semejante orden, y fuertes por el apoyo que les dispensaban las masas, trataron de sublevarse contra la revolucion. Solo un medio habia para apaciguar aquella juventud ardiente, y este medio fue empleado; intervinieron los Jesuitas, y quedó la paz restablecida. La guerra por medio de la pluma era la que precedia y seguia todas las insurrecciones; hé aqui por qué fue la Compañía de Jesús entonces el blanco de envenenados tiros y ataques que ni aun el gran Consejo pudo prever ni evitar. Lanzáronse con este motivo los estudiantes nuevamente á la arena, y como eran los mejores jueces en esta cuestion, refutaron por escrito de un modo que nada dejaba que desear las imputaciones que se dirigian contra el Instituto. Tomando en el Valais el Gobierno en consideracion la pobreza de los Jesuitas, y admitiendo que todos sus viajes no tenian otro objeto que la utilidad pública, mandó que desde el año 1834 todas las mensajerías del Estado debiesen recibirles gratuitamente.

Hacia la misma época se establecieron tambien los Jesuitas en los valles de Schwytz á instancias de sus magistrados. En vano procuraron el P. Drach, rector del colegio de Friburgo, y el provincial Ignacio Broccard diferir aquel proyecto, puesto que los deseos de Felipe de Angelis, nuncio del Papa, las súplicas de la poblacion, y la voz augusta del Soberano Pontífice triunfaron de su resistencia. Por primera vez penetraban los Jesuitas en aquel país célebre por su amor á la independenciam y á la libertad; viniendo á ser el baluarte glorioso que adelantaba el Catolicismo desde la Suiza occidental hácia la Suiza oriental. Como para demostrar los Jesuitas que solo tenia su tonta de posesion un fin moral y literario, convirtieron en colegio su noviciado de Estavayer; y á fin de asociarse Gregorio XVI en 1842 á los votos del país, dirigió al Obispo de Coira un breve concebido en estos términos:

«Habiendo sabido, hace algunos años, que en vuestra diócesis de Schwytz trataban sus principales habitantes de edificar un colegio para que fuese la juventud educada en él por los Padres de la Compañía de Jesús, hemos aprobado, como era regular, su piadoso designio, secundándolo con el mayor placer.

«Felicitemos por lo tanto á ese ilustre canton y á Vuestra Fraternalidad, así como nos felicitamos tambien á Nos de que tan pronto como los religiosos de la susodicha Compañía han sido llamados por las unánimes aclamaciones del pueblo y del Clero, hayan po-

«dido abrir sus escuelas para el bien de la juventud, y que insensiblemente con las limosnas de los fieles y las dádivas de algunos príncipes extranjeros, hayan podido construir una casa bastante espaciosa para servirles de colegio.

«Por los brillantes resultados que ya desde un principio obtuvieron esas escuelas nacientes, se puede presagiar de cuánta utilidad, Dios mediante, será ese colegio para la Religion católica y para la República.»



CAPÍTULO III.

La restauracion de los Borbones y la Francia de 1814. — Aconseja el principe de Talleyrand á Luis XVIII la reposicion de los Jesuitas. — Perplejidad del Rey. — Medidas que toma el Ministro en desgracia. — Situacion de los Padres de la Compañía en Francia. — El P. Varin y los Padres de la Fe. — Los Jesuitas ante la Carta constitucional. — ¿Es legal su existencia? — Funda el P. Varin el Instituto de Damas del Sagrado Corazon, de la santa Familia, y de Nuestra Señora. — Objeto de esta triple fundacion. — El P. Delpuits crea la Congregacion. — Sus principios y su objeto. — Los primeros congreganistas. Decreto que los disuelve. — El abate Legris-Duval se encarga de su direccion. — Los Jesuitas permanecen indiferentes al movimiento político. — Origen del liberalismo. — Sus primeros apóstoles. — Los Jesuitas dispersos en 1815. — Los Obispos de la Iglesia galicana llaman á los Jesuitas para dirigir sus pequeños seminarios. — Fundacion de ocho casas. — El cardenal de Bausset y los Padres de la Compañía. — Dificil posicion en que se colocan. — La prensa constitucional se declara contra el Instituto y la soberanía. — Muerte del P. de Clorivière, provincial de Francia. — Simpson le sucede. — Su carta á los superiores que están á sus órdenes. — Los verdaderos *Monita secreta* de los Jesuitas. — Su política puesta en claro. — Comienzo de las misiones. — Obligan los Obispos á los Jesuitas á ser misioneros. — Resignanse los Padres á la impopularidad para obedecer las órdenes de los Prelados. — Mision de Brest. — El motin y la libertad. — Los principales misioneros de la Compañía. — El P. Guyon. — Efecto producido por sus misiones. — El abate de Lamennais con los Jesuitas. — Carta del P. Rozaven al P. Richardot acerca la neutralidad que debe guardarse sobre el sistema de Mr. de Lamennais. — Conferencia de Rozaven y de Lamennais. — El P. Godinot y el autor del *Ensayo sobre la indiferencia*. — Descontento de Lamennais. — El P. Bzrowski es partidario de sus doctrinas. — Invita Lamennais á los Jesuitas á marchar bajo su bandera. — Mr. Luis de Carné critica á los Jesuitas. — Los partidos extremos aclaman ó denigran á los Jesuitas. — Influencia que se le supone. — El P. Ronsin al frente de la Congregacion. — Obras de la Congregacion. — La capilla de las misiones extranjeras. — Ejercicios de los Congreganistas. — Fundaciones piadosas. — La sociedad de Buenas Obras. — Los pequeños saboyanos. — La sociedad de san Francisco de Regis. — El Clero y los láicos en la Congregacion. — Cólera del liberalismo contra la Congregacion. — Objeto que se propone con su furor. — Confiérense al P. Ronsin poderes extraordinarios. — Reproches y calumnias dirigidos á los Congreganistas. — La Congregacion domina á la Francia. — Terror de la oposicion anticatólica. — ¿Ha reinado la Congregacion? — Efectos del terror liberal. — El duque de